

ct

Eva y la serpiente

de
Miguel Ángel Martínez

(fragmento)

(...)

ADAMS

Por una cochinada es más que suficiente.

EVA

El cerdo lo serás tú. Y menuda cerda debió de ser tu madre si no te enseñó a respetar a las mujeres.

ADAMS

Cállate.

EVA

¡Menuda cerda!

ADAMS

Te aconsejo, nenita, que no mentes la madre a los hombres de por aquí si no quieres que te estrangulen.

EVA

(Empuñando el cuchillo.): ¡Atrévete a estrangularme!

ADAMS

(Divertido.): Está bien... *(Poniendo otro billete más sobre la mesa.)* Aquí tienes diez dólares más, pero quédate tranquila o te meto en chirona.

EVA

¿Meterme tú en chirona?

ADAMS

Sí, yo.

EVA

No me hagas reír.

ADAMS

Soy el hijo de Adams.

EVA

¿Qué Adams?

ADAMS

¿Quién va a ser? El senador Adams. No hace mucho que estuvo a punto de llegar la Casa Blanca. Los votantes de las grandes ciudades del Norte lo impidieron.

(Silencio.)

EVA

¿El aspirante al que llamaban el viejo encantador de serpientes?

ADAMS

El mismo: todo un maestro de la oratoria.

(Silencio. EVA duda.)

EVA

(Irónica.): Pues entonces pertenecemos a la misma casta política, cariño: yo soy la hija secreta de Eisenhower.

ADAMS

Imbécil, ¿serás capaz de reconocerlo en esta foto? Es el que me está pasando el brazo por los hombros.

(Saca una fotografía de su cartera y la pone sobre la mesa. EVA la observa, se queda desconcertada. Cambia a una actitud más pacífica.)

EVA

Desde luego, se parecen... Aunque como orador no sales precisamente a él.

(Silencio. ADAMS se ajusta la corbata frente al espejo.)

ADAMS

Maldita la falta que me ha hecho nunca.

EVA

Si este tipo de amor te desagrada, ¿qué viniste a hacer a mi casa? *(ADAMS la mira y no responde. EVA se acerca a él.)* Déjame a mí. *(Se pone a hacerle el nudo de la corbata.)* En fin, mientras esté aquí procuraré amoldarme... a las costumbres.

ADAMS

¿Vienes del Norte?

EVA

De Nueva York.

ADAMS

¿Por qué no te quedaste allí?

EVA

Necesitaba cambiar de aires.

ADAMS

¿Algún lío?

EVA

Hay naturalezas que los atraen. *(Por el brazalete.)* ¿Ves esta serpiente? Atrae la mala suerte.

ADAMS

¿Por qué no te la quitas?

EVA

Porque también me protege.

ADAMS

¿Para qué arriesgarse? Quítatela.

EVA

Las venganzas de las serpientes son terribles.

ADAMS

¿Quién te dijo eso?

EVA

Mi madre. A ella se lo dijo mi abuela y a esta mi bisabuela, así hasta remontarse a una mujer que quemaron viva en Dublín con este brazalete puesto. Tal vez fuese Cleopatra la primera mujer en llevar en su brazo esta serpiente con la que se suicidó.

ADAMS

¿Eres tú la que el negro intentó violar? *(Silencio largo. EVA palidece y se aleja. Intenta disimular.)* Llegaste en el expreso de las seis, ¿no es así? *(EVA asiente.)* Entonces eres tú.

EVA

El negro no quiso violarme.

ADAMS

Eres tú. Webster no se equivocaba. Me lo dijo anoche, en el baile.

EVA

Por eso te brillaban los ojos. Era el morbo. Te ponía cachondo meterla donde un negro...

ADAMS

¡Cállate! Si tuviese la certeza de que un negro te había follado...

EVA

¡Qué!

ADAMS

En mi casa tengo cinco negros. Cuando me llaman por teléfono y uno de ellos descuelga, tiene

orden de limpiar el aparato antes de ofrecérmelo. Y pobre de que se le olvide.

EVA
Ya veo.

ADAMS
Los negros no nos gustan mucho por aquí. Y mucho menos las blancas que se divierten con ellos.

EVA
No tengo nada en contra de ellos, a mí solo me importa el color del dinero. Pero puedes estar tranquilo con eso. El negro no me tocó.

ADAMS
¡Cualquiera sabe! Eres el Diablo y el negro es el Diablo también. *(Se sirve un vaso de whisky.)* Así que el negro intentó violarte.

EVA
Pero ¿a ti qué te importa eso?

ADAMS
Subieron dos negros a tu compartimento. Al cabo de un rato se te echaron encima. Pediste socorro y acudieron unos blancos. Uno de los negros sacó una navaja y un blanco lo tumbó de un tiro: un disparo en propia y legítima defensa. El otro negro saltó por la ventana del vagón.

EVA
¿Eso fue lo que te contó Webster?

ADAMS
Sí.

EVA
¿De dónde se lo sacó?

ADAMS
Toda la ciudad habla de eso.

EVA
Las cosas no sucedieron así. Tres o cuatro estaciones antes de llegar subieron cuatro blancos a mi compartimento. Iban bastante bebidos, acababan de ganar un partido béisbol. Uno de ellos comenzó a piropearme. Que si no hay fruta más sabrosa que la madurita y todo eso. Yo sonreí como una estúpida, llevada por una estúpida deformación profesional, supongo. Después empezaron los otros a decirme cosas e intentar meterme mano. Para librarme de ellos me fui al vagón donde viajan los negros. Entré en un compartimento. Dos negros se sorprendieron de que entrase, pero me saludaron y continuaron hablando tranquilamente sin mirarme. Al poco dieron conmigo los cuatro blancos. Dijeron que allí apestaba a negro y que una señorita Blancanieves como yo no podía soportar el hedor. Quisieron echarlos, pero los negros, fuertes y sobrios, se defendieron bien y un blanco recibió un puñetazo en el ojo. Entonces el blanco más enclenque dijo que ya estaba bien, que se

marchaban de aquella pocilga, pero en vez de darse la vuelta, sacó un revólver y disparó al negro en el pecho. El otro tuvo un golpe de suerte. Aprovechó la confusión de los blancos y que el tren estaba aminorando la marcha para entrar en la estación y saltó por la ventana. Eso es todo.

ADAMS

No llegará muy lejos. Más pronto que tarde le echaremos el guante. *(Pausa.)* ¿Tienes pensado contar esa historia al juez?

EVA

¡Qué juez ni juez!

ADAMS

No tendrás más remedio que ir.

EVA

No iré. Ya te he dicho que los policías y los jueces cuanto más lejos mejor.

ADAMS

Vendrán a buscarte.

EVA

Entonces contaré lo que vi.

(ADAMS le da una bofetada.)

ADAMS

¿Eres consciente de lo que vas a hacer? Vas a declarar contra un blanco, por un negro.

EVA

El blanco es culpable.

ADAMS

¿Culpable de qué?

EVA

De matar a otro hombre.

ADAMS

Es a un negro a quien ha matado.

EVA

No tenía derecho a hacerlo.

ADAMS

Tu derecho viene del Norte. Si cada vez que se mata un negro se declarase culpable a alguien, aquí no habría cárcel para tanta gente. *(Pausa. Con una pizca de amabilidad.)* Vamos, nena, culpable o no, no vas a hacer castigar a un tipo de tu raza.

EVA

Yo no quiero que castiguen a nadie. Me preguntarán lo que he visto y lo diré.

(Una pausa.)

ADAMS

¿Qué hay entre ese negro y tú? ¿Por qué lo proteges?

EVA

Ni siquiera lo conozco.

ADAMS

¿Entonces?

EVA

Entonces quiero decir la verdad.

ADAMS

¡La verdad! Una puta de diez dólares que quiere decir su puta verdad. Ah, se me olvidaba que eres una puta sincera, pero aquí no hay otra verdad que la de que hay blancos y negros: exactamente veintisiete mil blancos y cuarenta mil negros en esta ciudad. Esto no es Nueva York, nenita, aquí no podemos andarnos con bromas. Thomas no irá a la cárcel por tu culpa.

(ADAMS enciende un cigarro.)